

aparejada a creer lo que dijeron los que tienen letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita; y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más" (*Moradas Quintas*, capítulo primero, p. 7).

Dice Lorenzo Gomis al final de su artículo: "Santa Teresa enseña libertad, y enseña obediencia. Si no enseñara obediencia, no sería santa. Si no enseñara libertad, no sería ella, no sería Teresa". La frase es brillante. Quizá un poco oratoria. Susceptible, por eso, de diálogo amistoso. Yo creo personalmente que libertad y obediencia en Teresa no son el haz y envés de su rica personalidad femenina y de su santidad. Puede haber, eso sí, santos con personalidad más o menos rica. Pero la santidad, actitud del espíritu proyectada en las obras, es algo que trasciende todo el ser. No hay santidad auténtica sin libertad de espíritu. Lo mismo que una obediencia estática, petrificada, sin esa libertad de los hijos de Dios, es obediencia a medias, si no es apocamiento o timidez.

Quiero cerrar el diálogo, copiando textualmente las palabras que Gomis dirige a los inquietos, los de todas edades: "A los inquietos de ahora, y de siempre, Teresa enseña que todo tiempo es bueno para esforzarse en cumplir el Evangelio, según el temple, el estado y las circunstancias de cada uno". Creo que es buena síntesis de "inquietud" y "quietud", de cara al Evangelio. Sin duda, nuestra mejor aportación al trabajo profundo del Concilio.

José Morales S. I.

LA ESTAFETA LITERARIA, núm. 250, Octubre 1962

José Luis L. Aranguren: «Un drama de la política y la soledad»

Saturnino Álvarez Turienzo, O. S. A.: «Cuand» el protagonista se llama AGUSTIN»

En realidad, es MIGUEL como debería llamarse. Nos dicen que en esta obra, que no hemos podido leer todavía, y que se reestrenó hace poco, Unamuno se desnuda, una vez más, en público, se hace centro y nervio y argumento principal de sus personajes. Al vasco de Salamanca le gustó siempre esta suerte de exhibición íntima. Le molestaba el pudor espiritual del que hacen gala los hombres de poca personalidad, sobre todo, según él, los castellanos. Las almas han de ir desnudas. "Cada uno de nosotros cree tener jorobado o con lacras y manchas el espíritu, tiembla de que se lo desnuden; pero si todos nos desnudáramos y viésemos que lo tenemos todos jorobado y con lacras y manchas, desaparecería nuestro temor".

No deja de ser curioso y un tanto paradójico el hecho de que Don Miguel se exhiba incluso en un drama que titula *Soledad*. En principio, parece que el solitario debería ser un hombre al margen, un apartado. Pero Unamuno piensa de otro modo. Precisamente en un ensayo suyo con el mismo título de *Soledad*, escribe esas líneas que he entrecorrido más arriba. Para él, "los grandes solitarios son, en efecto, los que han derramado sus espíritus entre los hombres; los más sociables". Y da una razón

que le parece clara: "Lo mejor que se les ocurre a los hombres es lo que se les ocurre a solas, aquello que no se atreven a confesar, no ya al prójimo, sino ni aun a sí mismos muchas veces, aquello de que huyen, aquello que encierran en sí cuando está en puro pensamiento y antes de que pueda florecer en palabras. Y el solitario suele atreverse a expresarlo, a dejar que eso florezca, y así resulta que viene a decir lo que a solas piensan todos, sin que nadie se atreva a publicarlo. El solitario lo piensa todo en voz alta, y sorprende a los demás diciéndoles lo que ellos piensan en voz baja, mientras quieren engañarse los unos a los otros pretendiendo hacerse creer que piensan otra cosa, y sin lograr que nadie les crea".

La cita no tiene desperdicio. Su valor, hoy más que nunca, es innegable. La soledad como punto de partida. Soledad de los "no resignados", como apunta certeramente el P. Alvarez Turienzo. Soledad que tiene que ver con la acción y con la oración. Soledad llena, cargada, con las costras rotas, con las membranas tenuísimas, para que sean posibles "la ósmosis y la exósmosis espiritual". Que se derramen y se mezclen los espíritus, y se cuaje y se fragüe "de una vez, el verdadero espíritu colectivo". Son todas expresiones de Unamuno, defensor a ultranza de una soledad cargada como la del místico y la del poeta, "aquel a quien se le sale la carne de la costra, a quien le rezuma el alma. Y todos, cuando el alma en horas de congoja o de deleite nos rezuma, somos poetas". Por eso, concluye: "Lo más grande que hay entre los hombres es un poeta, un poeta lírico, es decir, un verdadero poeta. Un poeta es un hombre que no guarda en su corazón secretos para Dios". La auténtica poesía, la soledad más fértil, tiene mucho que ver con la oración. "¿Has oído nunca poesía más honda, más íntima más duradera, que la de los Salmos? Y los Salmos no son para cantados a solas. Ya sé que los cantan las muchedumbres, reunidas bajo un mismo techo, en oficio de culto; pero es que, al cantarlo, deja de ser tal muchedumbre. Al cantar los Salmos, cada uno se mete en sí y se recoje (*sic*), y la voz de los otros no resuena en sus oídos sino como acorde y refuerzo de su propia voz".

Insistentemente se invita al recogimiento, a eso que los ascetas viejos llamaron el "llenarse uno, para derramar en los demás". "Los grandes consoladores de la humanidad —dice Don Miguel—, los que nos dan el bálsamo de las dulzuras inagotables, son los grandes solitarios, son los que se retiraron al desierto a oír levantarse en sus corazones el plañido desgarrado de los pobres rebaños humanos perdidos, sin pastor ni perro, en los desolados yermos de la vida".

Es verdad que las doctrinas de Unamuno aun en esta misma colección de ensayos que titula *Soledad* no son siempre todo lo ortodoxas que uno desearía (1). Pero no podemos negar que, en esta materia, ha puesto el dedo en la llaga. Necesitamos oración, oración a solas. Es por curiosa paradoja, la única manera de sentirse unidos a los demás hombres. Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los

(1) Algunas veces — lo decimos con pena — nada ortodoxas. En el decreto de la Santa Sede (30 enero 1957) con el que se prohibían *El sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*, se previene a los fieles que «por lo demás, aun en otros libros del mismo autor hay muchos errores contra la fe y las costumbres».

otros; sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. "Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos". "Sólo en la soledad, rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa a los unos de los otros, y de Dios a todos no tenemos secretos para Dios;... sólo en la soledad brota en nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema... Así debe ser. Lo mejor sería que no hiciéramos sino monologar, que es dialogar con Dios; hablarle a Dios; rezar día tras día y momento tras momento, cada uno nuestra oración, y que nuestras sendas oraciones fueran fundiéndose en una, según ascendían hacia Dios, y al llegar a sus oídos eternos e infinitos no fueran más que una sola oración, el eterno monólogo de la pobre humanidad dolorida. Y de allí, del seno de Dios, nos vuelve la oración humana; la voz de Dios en nuestro corazón, el eco del silencio sosegado,..."

Sería interesante que la juventud de hoy, aun la eclesiástica, se hiciera eco de esta llamada a la soledad, hecha por una voz, tan poco sospechosa de "rutina y costumbrismo", como la de Don Miguel de Unamuno. El recogimiento, cae más dentro de la *tradicción* —tan rica, tan certera— que de la *rutina*.

Carlos Muñiz, S. J.

LA CIVILTA CATTOLICA

«La funzione dello stato nell'economia politica secondo il principio di sussidiarità»
por José María Díez-Alegría, S. J.
N.º 17, Septiembre 1962.

La llamada "programación económica" no sólo compendia los grandes problemas de la Economía actual y atrae con preferencia la atención de nuestros políticos. Fundamentalmente es un síntoma evidente de una nueva época histórica, de reestructura económica y social.

Puestos en marcha sobre esta nueva etapa, la Iglesia se esfuerza por aportar un contenido moral a nuestra acción. Pero su mensaje, no pocas veces, lo entendemos con superficialidad, atosigados por las prisas, por un inhumano sentido práctico. Sólo una reflexión serena, reposada, nos puede descubrir las auténticas dimensiones de la doctrina pontificia en torno a la programación económica.

Una impresión de lectura en profundidad nos da el P. Díez-Alegría al estudiar, a la luz del magisterio eclesiástico, la función del Estado en la Economía Política según el principio de subsidiariedad.

Entiende el concepto de programación como acción estatal, directiva, supletoria y estimuladora de la iniciativa privada, que sólo llega a convertirse en intervención estatal imperativa en los casos y en los límites señalados por el principio de subsidiariedad.

La acción del Estado no tiene un significado negativo, secundario, en el sentido de reducirse a suplir a algunos miembros de la sociedad, cuando resulten incapaces para cumplir con sus funciones dentro de la